

## Encaje de bolillos: De cómo dos mujeres hacen costura en la cama.

**Galena Panopoulos**

El otro día vino Paco a casa. Nuestro buen amigo es bisexual pero está más inclinado hacia los hombres. Bien. Pues mi novia y yo estábamos cenando con él y uno de sus ligues. Chico, también. El vino y la cena nos llevaron a hablar de sexo. ¿Cómo no? mientras nuestro buen amigo Paco nos hablaba de su última sesión amorosa: nos explicó a mí y a mi chica que practicó sexo oral y demás caricias con el chico, porque ambos eran activos, pero no llegaron a tener “sexo”. Mi novia me mira con cara de póker. Yo la miro a ella con cara de circunstancias. Nos ponemos serias.

“¿Qué entiendes tú por “sexo”, exactamente, Paco?” pregunta ella con cierta sorpresa.

“Bueno, ya sabes, si no hay penetración...” se explica Paco.

“Claro, cariño y... ¿tú y yo qué hacemos en la cama, entonces?” digo en voz alta.

“Desde mi punto de vista, sexo, no es” sentencia Paco.

“¡Claro, claro, amor, tú y yo hacemos encaje de bolillos!”

“Sí, sí, todas y cada una de las noches... ¡Qué bien, pues así no iremos al infierno!” comento extasiada.

Así pues, con el reciente descubrimiento de que nuestras noches en vela se las dedicamos a la costura, me decido a describiros nuestras experiencias más decentes. Usaré un par de nombres en clave, para que todo quede más “cool” (dicen que algunos escritores hablan de su vida en clave, yo en realidad no sé nada de todo eso, *muajajaja*).

Me acuesto sobre la cama, cansada tras un caluroso día de julio. Madrid tiene un clima más seco que el Mediterráneo, y aunque no llevo mal del todo el calor, hasta las once de la noche no comienza a refrescar. La ventana está abierta de par en par, para dejar entrar el aire y no asfixiarme del todo. La luz de la luna también se filtra entre nuestras cortinas, que, por cierto, están ya un poco anticuadas. Me fijo en ellas y pienso “deberíamos ponernos ya mismo a hacer otras cortinas, quizás unas de encaje de bolillos... debería comentárselo a Ada (mi novia clave)”. Con estos pensamientos flotando en mi mente, con estas imágenes que acribillan mis párpados cansados, me voy durmiendo poco a poco, dejando libre el espacio en el que Ada duerme a mi lado. Esperando a que decida tomar la libertad de su espacio a mi vera.

Mi respiración acompasa una película que se forma en mis sueños, yo misma cosiendo junto con mi chica esas cortinas nuevas que tanto necesita nuestro dormitorio. Ella entra sigilosamente en la habitación. Tan despacio y en silencio que apenas escucho la puerta. Yo, ajena a todo esto, duermo castamente en un rinconcito de la cama, esperando, soñando con cortinas y cajas de costura. Ada se tumba a mi lado, como todas y cada una de las noches, me abraza, me besa mientras yo duermo. Y sé de buena tinta (y si no, vamos a imaginar que lo sé de primera mano, pues los escritores somos así), que yo le devuelvo los besos y los abrazos. Balbuceo alguna estupidez en sueños y entonces le comento medio dormida aquello del tema de las cortinas. Están totalmente pasadas. Sí, ella debe de estar de acuerdo, porque también se pone a pensar en hacer con nuestras manos unas nuevas.

Así, pone sus manos sobre los pliegues de mi cuerpo. Las extiende sobre mi piel y mide cada centímetro para ver cuántas cortinas podremos hacer esta noche. Sí, vaya. Doble ancho. Yo, al sentir a Ada poner la cinta métrica de sus dedos sobre mí, comienzo a interesarme por el tema y voy saliendo de mi sueño poco a poco. ¡Vaya, qué casualidad! justamente estaba soñando con hacer encaje de bolillos. Y me encuentro a mi novia que ya ha comenzado a entrar en faena. Eso sí es eficiencia, al más puro estilo alemán. Sus manos van recorriendo las curvas de mi cuerpo, poniendo mi brazo sobre mi cabeza, para ver qué tal va ese largo de manga. ¿Pero no hacíamos cortinas? Sí, cariño, pero he pensado en un vestido también. Tenemos mucha noche por delante y muchas ganas de coser. Eso es evidente. Somos buenas chicas. Pues así de buenas somos, que mi novia se esmera en bordarme de besos el largo de manga.

Ha quedado una manga preciosa, tanto que me hace estremecer cada vez que la veo. En mi cuello, Ada se dedica a marcar con la tiza unos cuantos suspiros, encarando su boca en mi nuca y lamiendo de vez en cuando, si se equivoca con la tiza, los espacios por donde quería haber marcado. Con su aliento irá cortando poco a poco un par de gemidos, para que se ajusten perfectamente al

patrón deseado. Tanto es así, que la tela de mi piel se llena de dobleces, se retuerce.

No pasa nada, siempre podemos volver a tensarla. Solo es cuestión de volver a extenderla sobre nuestra mesa de costura, que es la cama. Finalmente baja por mi pecho para ajustar la cintura y comprobar el talle. Sí, parece ser que debemos poner un par de pinzas para crear el efecto caía de cadera con vuelo. En mi pecho se detiene, va hilando a besos cada centímetro del escote. No vaya a ser que luego no le siente bien a la que lleve el vestido. Mientras coloca los corchetes del busto, con sus labios en mi pecho, ajusta la cintura con las manos, bajando por la cadera y llenando de caricias mi casto cuerpo, inmóvil ante la mirada atenta de la modista. La alta costura requiere concentración.

Y seguimos dando puntadas, beso a beso y caricia a caricia. Cuando baja por mi ombligo y sigue hasta donde comienzan mis piernas, separa definitivamente las dos partes de la pieza, prepara los bajos del vestido con mucho cuidado. Acaricia cada parte de la tela y la prepara para unir de nuevo esta zona con su piel. Veamos, tenemos dos juegos de tela. Ella trae su seda salvaje, lista para unir con mi algodón 100% natural. La combinación resulta exquisita. Ambas nos deleitamos en la unión de los pliegues y las zonas a bordar. Gritamos el nombre de algunos dioses, en agradecimiento al magnífico material y los fantásticos tejidos de que disponemos. Y lo bien que estamos aprovechándolos. Como somos dos costureras experimentadas, mientras se unen los dos tejidos, nos deshacemos en las formas del perfecto dibujo que ha quedado. con las manos y nuestras bocas vamos trabajando el resto del vestido, bordando suspiros y gemidos.

Le demostramos a los vecinos lo buenas modistas que somos, se nos oye dar gritos de júbilo cuando nuestro vestido se va quedando acabado. Vamos dejando los detalles bien hilados, ponemos la pedrería en el escote de nuevo. Creo que podíamos hacer otro dibujo en la cintura y... ¿por qué no? en el vientre y las caderas. Nos dejamos de tijeras, ya hemos acabado con la cinta métrica y con los carretes. Sí, ha quedado precioso. Ada ha comenzado un magnífico trabajo mientras dormía y, despacito me ha despertado para que la ayude. Luego yo he acabado arreglando su seda salvaje y haciéndole el dobladillo con mi lengua. Y... ¡voilà! aquí tenemos la pieza.

Esa misma noche, Ada y yo hicimos más cosas: la cortina que tanto ansiábamos (esta vez sí era de encaje de bolillos), unas preciosas sábanas bordadas, más visillos y unas fundas para el sofá. Pero nada de sexo. Dos mujeres no hacen sexo, solo costura.